

CORTÍNEZ, VERÓNICA, Ed. *Albricia: La novela chilena del fin de siglo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2000. 309 páginas.

El término “albricia”, en su doble acepción de objeto encontrado y de hallazgo jubiloso, encapsula con sus resonancias evidentemente poéticas la intención de este libro de esbozar los contornos de un floreciente movimiento literario. Tal como lo indica en el subtítulo, Verónica Cortínez se ha propuesto darnos una primera visión de un fenómeno literario y cultural que se viene desarrollando en Chile desde el término de la dictadura de Pinochet, pero al que todavía no se le ha dado suficiente atención crítica. Las libertades adquiridas en el proceso de democratización, así como el robustecimiento del libre mercado en el mundo editorial, se han conjugado con la receptividad del público lector para dar lugar al mayor auge novelístico en la reciente historia literaria de Chile. Muchos de estos escritores –que cubren un espectro amplio y diverso de edades y experiencias– han tenido la oportunidad de ver sus novelas reimprimadas en múltiples ediciones. Inclusive algunos ya han sido traducidos y han alcanzado renombre internacional, tal como Alberto Fuguet, que apareció en la portada de *Newsweek Internacional* en mayo de 2002, y Marcela Serrano, que le sigue los pasos a Isabel Allende en el número de ventas.

Al mismo tiempo, el término “albricia” –cuyo uso en singular pertenece a Gabriela Mistral, como advierte el memorable epígrafe– introduce un elemento de distanciamiento irónico puesto que, al referirse a un movimiento eminentemente narrativo, pone en duda el mito generalizado de Chile como país de poetas. Más aún, los ensayos de esta colección refuerzan y a la vez cuestionan algunas de las premisas básicas de este libro de presentar el fenómeno que algunos han llamado la “Nueva Narrativa” chilena: ¿Existe realmente este movimiento? ¿Se le puede llamar “generación”? ¿Hay algún tipo de cohesión entre sus miembros o se consideran ellos parte de un proyecto más amplio? ¿Qué características comparte su literatura? ¿A qué se debe la amplia recepción que han tenido estas novelas? ¿Se le puede reducir a una estrategia editorial?

Sin responder directamente a todas estas preguntas, el proceso de cuestionamiento se logra a través del diseño mismo con que Cortínez ha estructurado el libro. Este acercamiento al tema resulta fundamental considerando, como ella explica: “la ausencia de distancia temporal

que permitirá, en los próximos años, acercarse a esta producción narrativa desde una perspectiva global" (17).

Al igual que la "albricia" de Mistral, que ella convierte en un "sustantivo colectivo", esta colección de ensayos no persigue un intento unificador ni generalizador. Por el contrario, Cortínez busca un acercamiento a novelas individuales a través de perspectivas diversas, a la vez que examina las condiciones que han dado lugar a dicho fenómeno. Con este propósito, los novelistas aparecen también como lectores y críticos literarios, al mismo tiempo que sus textos dialogan entre sí.

El corpus del libro está compuesto por ensayos de crítica académica sobre doce novelas de escritores chilenos: Jaime Collyer, Carlos Franz, Elena Castedo, Alberto Fuguet, Marcela Serrano, Gonzalo Contreras, Pía Barros, Arturo Fontaine Talavera, José Leandro Urbina, Darío Oses, Carlos Cerda y Diamela Eltit. Como indica Cortínez en la introducción, este grupo no pretende ser representativo de toda una generación literaria pues no busca ningún tipo de uniformidad, sino más bien se enfatiza la variedad temática y las diferencias estilísticas entre ellos. Cada uno de estos ensayos analiza una novela desde el punto de vista de sus elementos constitutivos.

El criterio primordial de selección para este libro fue que los escritores hubiesen publicado su primera novela a partir de 1989, año que marca el comienzo del restablecimiento de la democracia. El segundo criterio unificador fue que tanto los novelistas como los críticos fueran chilenos, rasgo que subraya el carácter nacional de este movimiento literario. Sin embargo, a la par de cada uno de los criterios mencionados se incorporan sus excepciones: junto al grupo de novelistas se incluye un ensayo sobre las narrativas visuales de Eugenio Dittborn (también autor de la imagen en la portada); junto a las novelas en castellano, se incluye *El Paraíso* de Elena Castedo, escrita originalmente en inglés en Estados Unidos; y junto al grupo de críticos e intelectuales chilenos, se incluye la perspectiva de un extranjero, Roberto Ignacio Díaz, que mira Chile desde la distancia.

El grupo de críticos incluye a Juan Armando Epple, Rodrigo Cánovas, Verónica Cortínez, José Leandro Urbina, Soledad Bianchi, Guillermo Gotschlich, Liliana Trevizán, María Luisa Fischer, Roberto Castillo Sandoval, Laura Janina Hosiasson, Raquel Olea, Roberto Hozven y Raúl Zurita, poeta consagrado y premio nacional de literatura. El conjunto de colaboradores se caracteriza por su diversidad; todos ellos pertenecen a distintas generaciones, viven en diferentes

países y evidencian una pluralidad de posturas teóricas.

El diseño de Cortínez enmarca los doce ensayos de estos críticos entre otros más generales ubicados al comienzo y al final de la colección. Los primeros fueron escritos por tres novelistas de generaciones anteriores “que ejemplifican las diversas maneras en las que el escritor chileno practica el oficio de las letras a la vez que participa en otros ámbitos de la vida nacional” (18): Fernando Alegría, Jorge Edwards y Antonio Skármeta. En estos ensayos, los novelistas consagrados nos dan su apreciación del nuevo movimiento literario y ofrecen su lectura de algunos textos adicionales que enriquecen las perspectivas presentadas por los doce críticos principales.

En el prólogo, Edwards reconoce las “muestras de renovada creatividad artística, literaria y filosófica” de esta generación (13) y enfatiza su “arte narrativo heterogéneo, sin escuela o con muchas escuelas, que recoge a la distancia de Chile las muchas corrientes narrativas internacionales del fin de siglo” (14). También alude a la visión del Chile del mercado y del capitalismo que “asoman en alguna parte, en algún recoveco de los textos”, pero que a la vez “está sometido a una crítica evidente y corrosiva desde la literatura” (13).

Por otro lado, tanto Alegría como Skármeta, fieles a su propia tradición literaria, exploran el tema de cómo la realidad chilena se filtra en esta nueva literatura. Alegría ve el “exilio interior” como “un modo nuevo de sentir y entender la realidad chilena de fin de siglo” (26). Asimismo, para Skármeta, estas novelas se distinguen de las de su generación en que “[c]readas bajo el signo de la represión, no afrontan directamente a la dictadura, sino que insertan el tema de la represión política y cultural en un contexto más amplio y profundo: el de la desintegración de la personalidad” (41).

El panorama literario de la nueva novela chilena se comienza a perfilar en los doce ensayos centrales y en la iluminadora entrevista colectiva con los novelistas, en la que Cortínez interpela a cinco de los escritores sobre dos temas primordiales: su sentido de participación en un proyecto más amplio y su reacción ante la positiva acogida por parte de sus lectores. A través de este diálogo dentro de diálogos se constata que efectivamente sí existe cierta conciencia de grupo entre los escritores. Su rasgo más distintivo es que pertenecen a una generación de posguerra, pues compartieron una experiencia histórica traumática y que han encontrado en la novela “el medio más propicio para explorar el territorio no cartografiado de la transformada realidad chilena” (16) como subraya Cortínez en la introducción.

Otra de las características señaladas por varios de los autores es la sensación de orfandad. Estos novelistas carecen de antecesores inmediatos ya que, durante los años de la dictadura, la novela chilena se desarrolló principalmente en el exilio. Sin embargo, algunos de los nuevos escritores participaron en talleres literarios con Donoso, Edwards o Skármeta y reconocen su deuda –no sólo literaria sino emocional– con estos maestros, aunque se sitúan dentro de una tradición literaria más amplia. Como dice Franz: “Nosotros leíamos muy atentamente al boom latinoamericano” (239).

Los principales temas tratados son la identidad, la nostalgia, la traición, el derrumbe de ciertos mitos. Pero estos temas son inseparables de la realidad histórica, como afirma Osés: “El mito, por ejemplo, de la clase obrera invencible del que nos convencieron desde que éramos muy pequeños, que en Chile nunca iba a haber un golpe de estado porque había una clase obrera muy disciplinada; el mito del país culto, de un país de clase media pobre pero honrada[. . .]. Todas estas cosas de alguna manera siguen traumatizando más allá de la dictadura” (250).

En contraste con la novelística del boom, el lenguaje de esta escritura se caracteriza por su transparencia. Para Collyer, es un “lenguaje depurado, minimalista, muy cuidado, que quiere rescatar el símbolo en su pureza intrínseca, que quiere que cuando se habla de orden o libertad sea eso y no otra cosa, que no haya objetivo rimbombante” (246). Collyer también enfatiza el efecto paródico del lenguaje: “Lo que muchos de nosotros hemos hecho es una parodia de los lenguajes y discursos oficiales, una parodia del lenguaje académico, del lenguaje masculinista, falocrático, una parodia del lenguaje religioso, del lenguaje mártir de los exiliados o de los buenos, de los que tenían la razón histórica, de las víctimas” (246).

Debido a la repentina fama de este grupo de novelistas se les ha criticado su complacencia hacia los dictados del mercado y se les ha acusado de ser el producto de una construcción publicitaria basada en una hábil estrategia comercial. Sin embargo, parte de su éxito editorial se debe a la coyuntura histórica. Con el advenimiento de la democracia, también surge un lector receptivo a un análisis literario de lo que había ocurrido en el país durante las décadas de represión. Por su parte, en su gran mayoría, los novelistas concuerdan que el proyecto común en el cual participan es uno de examinar la realidad: “mostrar las heridas que dejó la guerra” según las palabras de Cerda (237).

Quizás la novela más emblemática de este movimiento sea *Mala onda* de Alberto Fuguet. Esta novela ha conseguido uno de los máximos

éxitos de librería y aparece citada repetidamente en *Albricia*. Skármeta la ve como representativa de la relación de los nuevos narradores con el espacio y la asocia con el tema de la identidad: “la ciudad ya no es la expansión natural del alma de los protagonistas que sienten en la participación ciudadana un espacio propio, de crecimiento o confrontación, sino el lugar hostil, anónimo, ajeno, que vuelca a los héroes hacia su intimidad, al encierro de sus habitaciones, a la vida grupal restringida” (32). Urbina, uno de los novelistas, que además escribe sobre *Mala onda* en su capacidad de crítico, ve en ella “las características de la llamada novela posmoderna” y en este sentido, alude a su filiación con las tendencias literarias internacionales. (98) Pero al mismo tiempo, Urbina encuentra que no se desliga del sentir histórico de esta generación: “*Mala onda* provoca incluso sin proponérselo, no por su lenguaje desfachatado y tribal, sino por las múltiples contradicciones éticas y políticas contenidas en el texto” (99).

Los tres epílogos finales cuestionan y analizan las condiciones dentro de las cuales ha germinado este auge novelístico. Sebastián Edwards argumenta, desde el punto de vista del economista, sobre los incentivos que una economía de libre mercado puede aportar a la capacidad creativa de artistas, científicos e intelectuales. En su ensayo trata de disputar la percepción de que el éxito editorial deba ser asociado con un menosprecio del valor estético. Al mismo tiempo plantea—aunque sin llegar efectivamente a una respuesta—las preguntas cruciales en cuanto a la relación ética entre el arte y la economía: “¿Debe ser el criterio comercial el único utilizado para evaluar el éxito de la empresa innovadora? Y ¿qué hacer con los excesos de la competencia?” (267).

Willy Thayer desarrolla, desde la perspectiva del filósofo, “un criterio para distinguir entre el espacio literario y el espacio editorial” (20). En su ensayo, que comienza con un epígrafe de Borges aconsejando al escritor joven “que no piense en la publicación, sino en la obra” (273), trata de matizar la apología que hace Edwards del mercado y cuestiona que esta narrativa pueda considerarse como “obra” desde el punto de vista filosófico.

El último epílogo, escrito por Roberto Ignacio Díaz, es particularmente iluminador, pues sitúa el fenómeno de la novela chilena dentro del contexto latinoamericano e internacional. La idea de una novela nacional, aludida en el título del libro, contrasta con la tendencia continental e integradora que surgió a partir del “boom” en los años sesenta. No obstante, estas novelas no dejan de tener una dimensión global. Lejos de recurrir a ciertas fórmulas, como el realismo mágico,

que han marcado las expectativas del mundo editorial hacia el escritor latinoamericano, estos novelistas han buscado un camino artístico diferente. En sus novelas, el espacio urbano se ha vuelto esencial, sus alusiones ya no insisten en lo autóctono, y el exotismo aparece mediatizado por la ironía. Díaz explica: “la naturaleza aquí no es la región del exotismo, sino el espacio en el que la escritura chilena cuenta una historia que es del todo suya. Y es la escritura lo que importa, no el espacio descrito” (301).

Cortínez afirma que *Albricia* está dirigida a un público amplio, no sólo chileno, sino internacional. Si bien es cierto que como editora se ha esmerado en asegurarse de que las alusiones a lo propiamente chileno sean transparentes para el lector extranjero, *Albricia* es en cierta medida un libro para iniciados. Es evidente que los ensayos introductorios y epilogales son suficientemente abarcadores para dar a cualquier lector una visión panorámica sobre la nueva novela chilena. Sin embargo, como en toda crítica académica, los ensayos centrales, por enfocarse en novelas específicas, pueden resultar abstractos para un lector que no las haya leído. Por otro lado, ésta es precisamente una de las grandes contribuciones de este libro: el presentarnos con una muestra de crítica literaria seria sobre las novelas que dan forma a lo que se vislumbra como un movimiento de gran alcance literario. Díaz reconoce esta vitalidad y el potencial de proyección internacional en su ensayo: “Aunque se presentan como literatura chilena, estos textos empiezan a poner al revés la visión estrecha y uniforme de la ficción latinoamericana” (302). *Albricia* nos permite no sólo comenzar a reconocer los rasgos que definen a esta escritura innovadora, sino también formar un juicio estético sobre algunas de las obras que han llegado a constituir esta nueva narrativa. Gracias a *Albricia*, los lectores de otras latitudes podemos valorar la contribución de Chile a la más reciente literatura escrita en América Latina.

Antonieta Monaldi
University of California, Los Angeles